

14/oct./99



# PÁGINAS

N ° 159 Octubre, 1999

# La hermanita Teresa

Thérèse Françoise de Jésus (1920-1999)

*Jorge Álvarez Calderón*

La conocí a comienzos de los años 60. Tenía unos cuarenta años. Nació en Lyon (Francia), vivió los años duros de la guerra del 39-45, fue scout y, antes de entrar en la Fraternidad de las Hermanitas de Jesús, trabajó como secretaria en la empresa industrial de su hermano. Después de su tiempo de formación, pasó por España, donde trabajó algunos años como empleada de hogar. La conocí desde que llegó al Perú y la he acompañado todo ese tiempo, hasta su muerte. Unos 35 años. Soy pues, testigo de su inquietud radical en el seguimiento de Jesús y de su lucha por mantenerse fiel a lo que ella comprendía como su vocación de Nazaret.

Todos la recordamos delgada, a la vez frágil y fuerte de contextura. Caminaba rápido, con pasos grandes, decidida, de carácter más bien triste. Tenía una extraña debilidad física: tropezaba con cierta frecuencia y caía de bruces, sin el reflejo normal de defenderse con los brazos. Los golpes que por ello sufrió fueron duros; varias veces la vimos con moretones en la cara, adolorida. Ella, con cierta vergüenza, bromeaba cuando esto le ocurría (de hecho, le era imposible esconder el accidente: sus efectos eran demasiado visibles!). Con su energía característica, pronto se recuperaba. ¿No correspondía en algo este rasgo con su personalidad? Los que la conocimos creemos que sí. Pues su caminar era decidido –expresión de su porfiadez e independencia de una buena lyonesa-, pero carecía de esos reflejos que los franceses llaman “souplesse” (¿agilidad, ductilidad?) que le permitieran adaptarse con humor a ciertas situaciones. Eso motivó varios “moretones” en su vida que la hicieron sufrir mucho. Sin embargo, no se hundía, sabía seguir adelante.



Era mujer profunda en su fe, austera, severa consigo mismo, tenaz, capaz de emprender cosas difíciles. Aunque su aspecto pareciera disimularlo, amó profundamente la vida: era feliz yendo a la playa, hundiéndose en el mar, paseando por el malecón de Chorrillos, contemplando la naturaleza de Ñaña, Jarpa o Cajamarca y en los pequeños jardines en los que descubría los distintos tonos de verde que le hicieron mantener, a pesar de todo, muy viva su esperanza. Su sensibilidad y humanidad no se mostraban de manera efusiva, pero se expresaban en cambio, sí, a través de pequeños detalles: ¿quién no recuerda su amor por las flores, su afición a los chocolates y helados, su fidelidad con las amistades (llamadas por teléfono, pequeñas notitas escritas a mano), su cariño por su familia de sangre?

## UNA VOCACIÓN ESPECIAL

Al llegar al Perú vivió en el cerro San Cosme, cerca del Mercado Mayorista. Trabajó de empleada de hogar, como en España. Todo se desarrollaba de manera normal en su vida hasta que tuvo lugar el Concilio y Medellín. Esos dos eventos eclesiales la impactaron intensamente. Tenía casi 50 años. El dinamismo misionero y las nuevas exigencias que brotaron de esas asambleas eclesiales la cuestionaron y la impulsaron a buscar con radicalidad nuevos caminos para su vocación de Hermanita de Jesús. Sintió la urgente necesidad de vivir en mayor disponibilidad para con los pobres. Vio que debía buscar un barrio particularmente abandonado; vivir allí sola, sin los condicionamientos de una vida comunitaria. Sentía que así debía seguir a Jesús, siendo "hermanita" de un pueblo concreto, haciendo comunidad con ellos.

Al principio no se la comprendió, hubo rechazo. Parecía extraño que una religiosa, con compromiso comunitario, pretendiera algo de ese tipo. Salía fuera de los esquemas. ¿Sería capricho individualista, sería evasión? De hecho, correspondía a su temperamento independiente, característico de su entorno familiar y de su experiencia personal. Por eso mismo, motivó desconfianza. En un primer momento, es comprensible, su pedido fue recibido con recelo. Fueron momentos difíciles. Para ella y para la Fraternidad. Porque era la época de la euforia

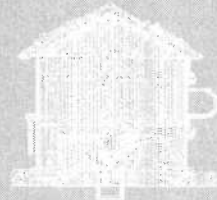
postconciliar donde, en los medios religiosos, brotaban muchas iniciativas, pero no todas con claras motivaciones evangélicas. Por lo tanto la pregunta se imponía: ¿El nuevo camino propuesto era auténtico?

La búsqueda no fue fácil, a veces incluso fue tensa. Pues, por un lado, la coherencia de Teresa estaba en juego, pero por otro, también quedaba cuestionado cierto estilo de vida de la Fraternidad. Era un hecho que la Fraternidad de Hermanitas de Jesús había nacido antes del Concilio y, si bien había significado un impulso importante en la renovación de la iglesia pre-conciliar, era obvio que llevara lastres propios de la época anterior a los cambios. Se comprende pues que hubiera tensión de uno y otro lado. Y, a decir verdad, el carácter poco dúctil de Teresa no facilitaba las cosas...

Después de muchas dudas, la experiencia fue permitida por un tiempo determinado. Comprensible. Todo hacía parecer que después del plazo fijado, se le iba a exigir el regreso a la comunidad. No fue así, porque el diálogo continuó. Teresa no quería dejar de ser hermanita pero sentía también la necesidad de ser fiel a su intuición. No se resignó a callar y luchó hasta hacerse comprender. Pudo así realizar el difícil equilibrio entre la porfiadez evangélica y la obediencia humilde que caracteriza a todo verdadero discípulo de Jesús.

La Fraternidad también sufrió, e intensamente. Tuvo que vivir, también ella, la oscuridad que suponen a menudo los procesos de la vida de fe. Pero la Fraternidad de Hermanitas mostró en esa búsqueda, calidad humana y espiritual para escuchar con amplitud de miras, para discernir las motivaciones, para acoger caminos nuevos, para permitir una experiencia en cierta forma extraordinaria, para comprometerse a acompañarla. Por eso, cuando finalmente creyó comprender que el pedido se inspiraba en el evangelio, autorizó la novedad. Fue un testimonio hermoso.

Teresa buscó un lugar pobre y abandonado de nuestra Lima. Lo encontró, a inicios de la década de los 70, en una pequeña invasión en los contrafuertes de la cadena montañosa que está al lado occidental de la quebrada de San Juan de Lurigancho. El barrio tenía como nombre "La Providencia". Era un lugar pequeño y sin importancia, si



tomamos en cuenta las grandes invasiones que tenían lugar en esos años. Esa pequeña población no merecía la atención del Estado ni de la sociedad. Por eso mismo mereció la atención preferencial de Teresa. Ahí decidió “poner su morada”.

No había en la Providencia en esa primera época servicios de ninguna clase, ni de agua, ni de desagüe ni de luz; apenas algunas chocitas con migrantes pobres en busca de vivienda. Ese humilde lugar es el que ella asumió como su Nazaret, como su lugar de elección. Como Jesús. Ahí fue sola para estar más cerca de la gente. Ahí aprendió a ser la hermanita de todos. Ahí hizo comunidad. Ahí se quedó hasta su muerte.

No encontró de inmediato un terreno donde vivir y se alojó de manera muy precaria donde una vecina. Así pasó más de un año. Luego consiguió un pequeño pedazo de tierra sobre el cerro, en plena roca. Tuvo que cavar y hacer un relleno de piedras para acondicionar el lote y hubo que construir rústicos escalones para subir. Los Hermanitos de Jesús le ayudaron a hacer el terraplén, a construir dos habitaciones y la pequeñísima capilla con palos y esteras. Era una “construcción” larga y estrecha, pegada a las faldas del cerro (unos 6 metros), con apenas 2 metros de fondo... Ella vivió ahí los últimos 25 años de su vida. ¿Cuántos no hemos pasado momentos importantes en ese humilde lugar?

Ahí fue constituyéndose lentamente en la vecina de todos. Participó de la vida cotidiana de la gente: acarreaba el agua, partía al trabajo, visitaba las familias, compartía las luchas, las alegrías, las dificultades, como una vecina más. Por ese motivo también, consciente y responsable, no dejaba de asistir a todas las asambleas de la población, -muchas veces largas y tediosas- y se quedaba hasta el final de ellas a pesar de la hora avanzada (¡con todo lo que le costaba acostarse tarde!)... Era su manera concreta de marcar su fidelidad a los suyos, de hacer con ellos vida comunitaria. Formó parte de comisiones para obtener el reconocimiento del barrio, estuvo en las marchas de los pobladores al centro de Lima para conseguir los servicios. Asumió cargos. Pasó momentos difíciles de sospecha por parte de las autoridades y de ciertos pobladores. Siguió los avatares de cualquier pobla-

dor con inquietud social. Se preocupó por la biblioteca para los jóvenes, se desvivió por la incipiente comunidad cristiana. Y, en el momento de la grave crisis económica -que dejó a tanta gente en el total desamparo-, activó con coraje, junto con las madres de familia, los comedores populares del sector. Ahí, como una más, ella comía. Ahí buscó sus alimentos hasta su muerte.

Teresa llegó a conocer los gozos y los problemas de cada familia. Era conocida y querida por grandes y chicos. Su práctica fue de paciencia, de tenacidad, de fidelidad. Teresa, a lo largo de los casi 25 años que ahí vivió, demostró ser una persona de temple, capaz de ser hermana de todos, capaz de irradiar la hondura de la encarnación de Jesús de Nazaret, su Maestro y Señor. Por eso llegó a ser conocida y querida por todos, grandes y chicos. Fue de veras parte de la vida de ese pueblo. Fue columna sólida de la comunidad eclesial, columna y alma de su pueblo. Llegó a ser de veras Teresita de la Providencia, o quizás mejor la "providencia" de ese barrio. En el corazón de su pequeña casa, una pequeña Biblia muy usada y el pequeño sagrario con la presencia de Aquél que fue centro de su vida. Ahí nunca faltó el puñado de flores frescas. Una verdadera hija de Carlos de Foucauld.

## IRRADIAR DESDE EL TRABAJO

Me he extendido en este capítulo de su caminar porque quizás fue para ella el más significativo. Sin embargo es preciso mostrar otras dimensiones de su itinerario porque también son importantes. Empecemos por su experiencia laboral. Dijimos que durante muchos años Teresa trabajó como empleada doméstica. Esa tarea la realizó con el sentido de responsabilidad y cariño que le caracterizaba. Soy testigo de los frutos de esa experiencia. Las amistades que se crearon son la mejor prueba de la calidad de su servicio. La familia Carrillo Montenegro, la familia Pastor Mendoza. Los papás y los hijos de ambas familias dan testimonio de lo que Teresa significó en la vida de sus hogares. La amistad siguió a pesar de ya no trabajar en sus casas. Los acontecimientos familiares, alegres o dolorosos, tuvieron siempre a Teresa como referencia. Y por eso no es extraño que Adolfo Carrillo, a pesar de su doloroso cáncer, quisiera visitar a Teresa cuando la supo enferma.



Tenía que ver a esa amiga de calidad, tenía que despedirse de ella... Ella lo precedería, por pocas semanas, en la muerte y... en la Vida.

A partir de 1975 los médicos detectaron en Teresa los inicios de una osteoporosis y le prohibieron hacer trabajo manual rudo. Ya no podría por lo tanto continuar como empleada de hogar. Habló conmigo, preocupada. Su vida cambiaba, ya no sabía cómo ganarse el sustento. No imaginó la nueva tarea que esa limitación física iba a permitirle en los años venideros. No imaginó el otro cambio que le esperaba, el nuevo papel de "hermanita" que iba a realizar. En esa época yo necesitaba de una ayuda para la oficina de Jirón Ica pues tenía la coordinación del Movimiento Sacerdotal ONIS y la asesoría del Movimiento de Trabajadores Cristianos. Ambas responsabilidades me exigían viajar con frecuencia. No me daba abasto, necesitaba una ayuda especial. No sólo una secretaria, sino una persona discreta y de criterio que se identificara con las tareas en juego, que supiera acoger, comprender, colaborar, alentar, animar... La oficina de Jirón Ica no debía ser sólo un lugar de tareas burocráticas. Se necesitaba en ella una permanencia de calidad humana y evangelizadora. Se trataba de colaborar con todos los esfuerzos de nuestra generación por plasmar el sueño de una iglesia de los pobres, sueño que marcó de evangelio la vida de tantos amigos y amigas, y que ha tenido un alcance misionero tan grande. Teresa me pareció de inmediato la persona adecuada. No dudé en proponerle el trabajo. Me pareció además, que esa tarea calzaba perfectamente con su vocación de Hermanita, dada su situación física (correspondió -simple coincidencia- con los inicios de su ingreso a La Providencia).

Jirón Ica fue desde ese momento para Teresa el lugar de una muy grande irradiación. Cuántos papeles se han hecho y difundido desde ahí, cuántas gestiones realizó, cuántos sacerdotes -de provincias y de Lima- llegaron a la oficina y encontraron en ella la acogida, la disponibilidad de tiempo, la escucha, el comentario, el estímulo que necesitaban. Cuántos trabajadores la reconocieron como hermana... Teresa hizo de Jirón Ica un foco de fraternidad y acogida, un corazón importante de ese sueño nuestro de una iglesia de los pobres. Su presencia fue de veras invaluable. Puedo dar fe además, de lo severa que era con ella misma en el trabajo; pero también recuerdo (con cierta ver-

güenza!) de su exigencia –severa también- de un trato personal de calidad. ¡Más de una vez me increpó cuando, por ejemplo, sólo le dejaba notas por escrito. Ella no quería recibir un trato burocrático y exigía para su persona la misma calidad humana que a ella se le pedía para los otros! Fue en ese sentido, buena, exigente -y muy paciente-educadora!

## LOS OTROS MUNDOS DE TERESA

Desde el inicio comprendió también el significado del Movimiento de Trabajadores Cristianos (MTC) y le dedicó tiempo y cariño tanto en la oficina de Jirón Ica como en su barrio. Mientras tuvo fuerzas, no dejaba de ir a los encuentros del Movimiento, seguía cada paso, se preocupaba de los problemas que surgían, conocía a los militantes, les daba lo mejor de su amistad, tiempo y trabajo. Y la llamada “base de la Providencia” -la comunidad del MTC que existía en su barrio- tuvo en su casa el hogar que siempre acogía. Fue de veras puntal de esa base del MTC, para ellos y para sus familias. Los militantes lo saben, y sienten mucho no tenerla físicamente con ellos. Pero su espíritu los acompaña y los anima a seguir adelante, fieles a Jesús, fieles a su pueblo.

En los últimos años hizo también suya la Casa Interdiocesana, ese seminario que iniciaron en Lima algunos obispos de diócesis del interior del país, entre ellos Mons. Dammert, gran amigo de las Hermanitas. Se dio cuenta del proyecto que se tenía entre manos y, por eso, lo asumió como suyo. Cada semana iba a almorzar, conocía a cada seminarista, los acompañaba, bromeaba con ellos. En esos almuerzos semanales, ella también se rejuvenecía. Dentro de su gran sencillez, esos encuentros han significado mucho para esos jóvenes. La persona de la religiosa y de la amiga, su testimonio de vida los atraía, los cuestionaba, los llamaba a precisar sus opciones de seguimiento a Jesús. La presencia de Teresa en el Seminario ha sido en verdad un aporte muy profundo en la formación de esos jóvenes. Llegó a ser parte de la Casa Interdiocesana.

Quienes la conocimos pudimos palpar otra dimensión importante, clave, en su vida: la excelente y cálida relación con su familia de sangre. Recibía continuamente correspondencia de hermanos, cuñados,



sobrinos. Las fotos que le mandaban eran puestas cariñosamente sobre su escritorio de Jirón Ica. Varios familiares vinieron a verla y eso le producía una gran alegría. Se emocionaba mucho con la visita de los sobrinos más jóvenes. Es que, de veras, había una comunicación muy bella y muy rica. Ellos significaban mucho para Teresa; y Teresa significaba mucho para sus parientes, a pesar de la distancia y las pocas oportunidades de verse. En Francia, pude yo ser testigo de la hondura y el significado espiritual de esa hermana y tía religiosa. Ha sido para mí un ejemplo hermoso de comunicación, capaz de transmitir lo más hondo que llevaba adentro. Este es un aspecto muy valioso de la vida de Teresa, que no puede silenciarse, porque respira humanidad y espiritualidad.

La Fraternidad, la Providencia, el Movimiento de Trabajadores Cristianos, su familia, pilares de la vida de Teresa, no la encerraron en fronteras estrechas. Su corazón quedó siempre sensible y abierto a un mundo más grande, a una iglesia en proceso de renovación. Teresa llegó a América Latina cuando los golpes de Estado se iban implantando en muchos países del continente y, con ellos, las violaciones de los derechos fundamentales de las personas. A través de conversaciones y lecturas se mantuvo informada y participó del dolor y de las esperanzas de tantos hombres y mujeres que lucharon por conformar una sociedad nueva en medio de detenciones, desapariciones, torturas, asesinatos. Seguía la noticia con interés y desde Jirón Ica colaboró en diferentes acciones de solidaridad. Vivió intensamente su época contribuyendo con mirada amplia y desde su vocación propia al gran esfuerzo generacional por un mundo más humano.

## VÍA CRUCIS

Es preciso ahora hacer referencia de la dolorosa etapa final, verdadera experiencia pascual para Teresa. Comenzó bruscamente hace más o menos seis años, un 8 de setiembre. Acababa de regresar de un viaje largo de 3 meses a Francia, para ver a los suyos después de 7 años. Regresó feliz, espiritualmente reconfortada y de inmediato, de acuerdo a su carácter, asumió su ritmo de vida normal. Desde su primera semana retornó a Jirón Ica y, responsable como era, quiso ir

al Arzobispado para una gestión. Su caminar ya era más difícil e inestable, pero ella no solía tratarse con remilgos. De regreso a la oficina ocurrió lo inevitable. En la calle, alguien la rozó involuntariamente y eso bastó para hacerla perder el equilibrio y caer. Intensísimo dolor, imposible moverla. La cabeza del fémur se había roto. Hubo que llamar a la ambulancia del Seguro que, literalmente, la recogió del suelo pues no podía moverse. Llegó al Hospital. Ahí la pusieron en el pabellón de Emergencia, en una camilla. En esa época aún no había empezado la reforma del Seguro Social. El pabellón de Emergencia era un caos: gente que entraba y salía, gritos, muertes, luz día y noche, movimiento continuo.. Ahí quedó nada menos que... ¡dos semanas! Un verdadero calvario. ¿Por qué? Simplemente, nos decían, porque no había sitio en las salas del hospital. Pero después nos enteramos el verdadero motivo: su fractura, al no tener desplazamiento óseo, podía esperar porque era anciana. Las personas más jóvenes tenían la preferencia! Irritante pero crudamente real. ¡Qué difíciles fueron esos días! ¡Qué impotentes nos sentíamos!

Finalmente, después de muchas gestiones, logramos la operación. Tuvimos la ingenua ilusión que iría luego a un pabellón, que allí le darían una cama, que allí lograría la tranquilidad que urgentemente necesitaba. Falso: ¡la regresaron de nuevo a Emergencia! Y ahí pasó tres días más en ese horrible e inhóspito lugar, hasta que logramos pasarla a una clínica de rehabilitación. ¡Al fin pudo encontrar la paz que tanto necesitaba! Teresa, coherente con su vocación de hermanita, fue tratada sin miramientos, con el desprecio que en este país se trata a los pobres. La experiencia fue traumática para ella. Literalmente, la deshizo. A partir de ahí su vida cambió. El viaje a Francia quedó atrás. Otra etapa comenzó.

Ha sido, desde esa fecha, ocho años de un vía crucis muy duro y oscuro. Primero tuvo que dejar de trabajar, dejar su querido Jirón Ica. Fue un desgarramiento pues era esencialmente trabajadora y activa. Luego, dos años más tarde, fue la operación a la catarata de un ojo. Dolorosa experiencia pues la anestesia no le hizo efecto... Salió más debilitada físicamente y sin real mejoría de la vista. Las hermanas, en ese momento, vieron oportuno pedirle que se quedara en San Cosme. Su permanencia en la Providencia, sin compañía y en la debilidad en



que se encontraba, era un verdadero peligro. Muy a su pesar, tuvo que dejar el barrio. Fue experiencia de muerte. Se deprimió mucho. Recordemos que Teresa no tenía la cualidad de adaptarse a situaciones nuevas e inesperadas.

Al ver su depresión, las hermanas, con mucha comprensión, le permitieron ir a su barrio dos veces a la semana: de lunes a martes y de viernes a sábado para que pudiera mantener contacto con sus vecinos, con su comunidad cristiana, con su MTC. Pero la osteoporosis avanzaba: su espalda cedía con la enfermedad, estaba cada vez más encorvada, -le dolía sentarse en sillas normales, no resistía echarse a la cama de espaldas- y, con eso, uno puede imaginarse, tenía cada día mayores dificultades para caminar. Su vista además, disminuía y pronto ya no pudo casi leer. Y cada vez tenía menos fuerzas para escribir.

Era una situación de muerte de a poco. Situación demasiado dura para su personalidad. En efecto, como dijimos anteriormente, una de sus características era la de carecer de la "souplesse" necesaria para enfrentar ese tipo de situaciones. Éste había sido su límite durante toda la vida y, ahora fue su cruz. La pobrecita se quebró. Ella que había sido tan activa, tan independiente... Pedía con insistencia ayuda espiritual, hacía lo posible pero realmente no logró sobreponerse. Era un fardo demasiado pesado.

En el año 97, cuando aún podía movilizarse, cuando aún no había llegado a los extremos del debilitamiento, sus familiares la quisieron ver en Francia. El pedido nos pareció muy oportuno. Logramos, por suerte, convencerla para el viaje. Inmediatamente se le envió, con todas las precauciones del caso. Fue para ella una visita importante. Un verdadero tónico. Le hizo mucho bien. Pudo despedirse de los suyos, esos familiares que tanto significaban en su vida. Sin embargo, estaba convencida que su lugar no era Francia. Por eso regresó. En esas cosas ella no dudaba. Hasta el final, casi ya sin fuerzas, seguía yendo al barrio. Amigos la llevaban y luego la regresaban. Llegaba a su casita casi arrastrándose. Recibía a su gente, se entregaba, daba lo mejor de lo que le quedaba de vida, porfiada en su opción y enérgica hasta el fin. En esto sí no se quebró. Ahí sí pudo mostrar su temple, su profundidad de fe y su fidelidad.

## EL SELLO DE SU ITINERARIO

A principios de enero de 1999, un martes, su último martes en el barrio, tuvo la crisis final. Fue llevada al hospital, luego a San Cosme. Juan Dumont, su amigo de años, le dio la Unción. Pudo hablar con las Hermanitas que la acompañaban, pidió perdón por sus incoherencias, expresó su deseo de pertenencia a la Fraternidad y su agradecimiento a las Hermanitas. Selló con eso la coherencia de su vida.

La velaron en San Cosme, lugar de su muerte, luego la llevaron al barrio, lugar de su vida. En ese lugar fue la misa. No olvidaremos nunca cuán significativa fue esa celebración. La presencia de tan variados amigos y amigas; la presencia también de su familia a través de ese cassette con la poesía dicha por uno de sus sobrinos, y que había llegado pocos días antes de su ataque. No olvidaremos tampoco lo que ahí se expresó: la gente había comprendido, en verdad, -¡y de qué manera!- el sentido de la vida de Teresa, la hondura de su testimonio de fe. Todos habían recibido la delicadeza y la hondura de su humanidad. Ahí vimos la calidad de esa mujer frágil pero fuerte, instrumento verdadero del Señor. Y todo terminó con el cumplimiento de su última voluntad: la de ser enterrada en "el Sauce" el cementerio de los pobres del distrito... Asumió a ese pueblo durante su vida, por amor gratuito, en seguimiento de su Señor. Se quedó ahí después de muerta como signo del Señor Jesús, cercano y solidario, quien nunca deja a sus hijos más pequeños. Desde ahí espera el advenimiento pleno del Reino de Vida!

Murió el 10 de enero de 1999, pocos meses antes de cumplir 79 años de edad. Era el fin del tiempo de Navidad... la enterramos en la víspera del día del Bautismo del Señor... nunca lo olvidaré.

Toda mi vida de sacerdote, y muy especialmente desde su llegada a Jirón Ica, ha sido una compañía, una ayuda y un estímulo muy grande para mi persona, para mi trabajo, para mi sacerdocio.

Gracias, Señor, por Teresa, gracias por su testimonio, por su amistad... Y, gracias Teresa, porque en tu debilidad, fuiste fuerte, fuiste amiga y sobre todo, fuiste una verdadera Hermanita de tu Señor Jesús. □